Unidad 2

**La Iglesia, Pueblo de Dios**

**La Iglesia en el Antiguo Testamento**

Después de la caída en el pecado, el hombre no puede quedar en comunión directa con Dios. Tiene que abandonar el espacio vital donde Dios le había ofrecido encontrarse con Él. Por el pecado, el hombre queda a merced de la muerte. Dios lo quiere redimir de ese estado, concederle salvación y prepararle comunión eterna con Él mismo.

Desde el comienzo, Dios se preocupa por el hombre. Al expulsarlo del huerto de Edén, el Creador viste al hombre y le promete que un descendiente de la mujer vencería al tentador (Gn. 3:15).

En el Antiguo Testamento se menciona muchas veces el reconocimiento de que el hombre depende básicamente de Dios. Esto halla su expresión directa en los altares que se erigen y en los sacrificios que se ofrendan en ellos.

En el curso del tiempo, el pecado va adquiriendo cada vez más poder; los hombres se van distanciando más y más de Dios. Esa es la razón por la que Dios deja morir a los hombres en el diluvio, un juicio divino. A Noé y su familia Dios les brinda gracia. Ellos se salvan en el arca. Él concierta un pacto con ellos, prometiendo protección y dedicación a todos los descendientes del género humano. Como señal del pacto, da el arco iris.

Estos hechos ya son señales de los actos de salvación de Dios que más adelante se llevarán a cabo en la Iglesia de Cristo: Dios se dirige al hombre, se ocupa de él y lo protege, lo incluye en su pacto. 1 Pedro 3:20-21 interpreta expresamente la salvación en el arca como ejemplo del Bautismo, a través del cual tendrá lugar la salvación en el nuevo pacto. Consecuentemente, en la tradición cristiana muchas veces se entiende el arca como el símbolo de la Iglesia de Cristo.

En el pacto con Noé son incluidos todos los hombres. Con la elección de Abraham se da inicio a otro pacto, que convoca a Abraham y sus descendientes a mantener una relación particular con Dios: se convierten en el pueblo elegido de Dios. La señal externa de este pacto es la circuncisión. Este pacto es confirmado ante Isaac y Jacob.

Cuando más tarde en el monte de Sinaí Moisés recibió de Dios los Diez Mandamientos y los llevó por encargo de Dios al pueblo de Israel, aconteció por primera vez que Dios reveló su voluntad en forma de una ley. Esto se lo hizo saber a una reunión, una comunidad.

En la ley se establece cómo debe ser la relación de los hombres con Dios y entre ellos. Se disponen reglas para el Servicio Divino apropiado. El mismo consistía en el rito del sacrificio realizado por el sacerdote en el tabernáculo, y en la glorificación y dedicación del pueblo a Dios mediante oraciones, confesión y obediencia. Como el pueblo escogido por Dios, Israel fue convocado a ese Servicio Divino.

Estos elementos básicos del antiguo pacto también hacen referencia a Jesucristo y a la institución de la Iglesia: el antiguo pacto hace referencia al nuevo pacto; la señal del pacto que era la circuncisión, al Bautismo; el anuncio de la voluntad divina, a la prédica de la palabra de Dios; el servicio sacerdotal del sacrificio, a la Santa Cena y su administración por el ministerio autorizado para hacerlo; la oración y la confesión hacen referencia a la veneración del trino Dios en el Servicio Divino.

En el Antiguo Testamento, el Servicio Divino ocupaba un lugar central en el templo de Jerusalén, donde se efectuaba con toda solemnidad. Allí estaba la casa del Señor, donde se reunían para alabar a Dios (Sal. 122) y ofrecerle sacrificios. Esto cambió con la destrucción del templo y el cautiverio babilónico del pueblo judío. En ese tiempo se reunían para los Servicios Divinos en las sinagogas, donde se leía e interpretaba la palabra de Dios, la ley. Ya no se podía realizar el servicio de los sacrificios, por lo cual esos Servicios Divinos eran deficitarios. Cuando después del cautiverio babilónico el templo de Jerusalén fue reconstruido y en él se pudo volver a efectuar el servicio de los sacrificios, los creyentes igualmente se siguieron encontrando también en las sinagogas para el Servicio Divino donde la palabra era el punto central.

Aquí hay una referencia a la comunidad del Nuevo Testamento, en cuyo centro está presente Jesucristo como el Verbo hecho carne (Jn. 1:1). La epístola a los Hebreos hace alusión al antiguo pacto con la ley, el servicio de los sacrificios, la circuncisión y el sacerdocio como “sombra", es decir, como antelación del nuevo pacto (He. 8:5; 10:1). La sombra no es lo verdadero, sólo remite a lo verdadero. No es el antiguo pacto la instancia perfecta de la salvación de Dios, sino que recién lo es el nuevo pacto, instituido por Jesucristo.

Así, en el pueblo elegido del antiguo pacto se insinúa lo que se hace realidad en el pueblo de Dios del nuevo pacto, en la Iglesia de Jesucristo.

**Las características del Pueblo de Dios**

En todo tiempo y lugar ha sido grato a Dios el que le teme y practica la justicia. Sin embargo, quiso santificar y salvar a los hombres no individualmente y aislados, sin conexión entre sí, sino hacer de ellos un pueblo para que le conociera de verdad y le sirviera con una vida santa. Eligió, pues, a Israel para pueblo suyo, hizo una alianza con él y lo fue educando poco a poco. Le fue revelando su persona y su plan a lo largo de su historia y lo fue santificando. Todo esto, sin embargo, sucedió como preparación y figura de su alianza nueva y perfecta que iba a realizar en Cristo, es decir, el Nuevo Testamento en su sangre, convocando a las gentes de entre los judíos y los gentiles para que se unieran, no según la carne, sino en el Espíritu.

 El Pueblo de Dios tiene características que le distinguen claramente de todos los grupos religiosos, étnicos, políticos o culturales de la historia:

— Es el Pueblo *de Dios*: Dios no pertenece en propiedad a ningún pueblo. Pero Él ha adquirido para sí un pueblo de aquellos que antes no eran un pueblo: "una raza elegida, un sacerdocio real, una nación santa" (*1 P* 2, 9).

— Se llega a ser *miembro* de este cuerpo no por el nacimiento físico, sino por el "nacimiento de arriba", "del agua y del Espíritu" (*Jn* 3, 3-5), es decir, por la fe en Cristo y el Bautismo.

— Este pueblo tiene por *Cabeza* a Jesús el Cristo [Ungido, Mesías]: porque la misma Unción, el Espíritu Santo fluye desde la Cabeza al Cuerpo, es "el Pueblo mesiánico".

— "La *identidad* de este Pueblo, es la dignidad y la libertad de los hijos de Dios en cuyos corazones habita el Espíritu Santo como en un templo".

— Su *ley*, es el mandamiento nuevo: amar como el mismo Cristo mismo nos amó. Esta es la ley "nueva" del Espíritu Santo.

— Su *misión* es ser la sal de la tierra y la luz del mundo. "Es un germen muy seguro de unidad, de esperanza y de salvación para todo el género humano".

— "Su *destino* es el Reino de Dios, que él mismo comenzó en este mundo, que ha de ser extendido hasta que él mismo lo lleve también a su perfección".

**Un pueblo sacerdotal, profético y real**

Jesucristo es Aquél a quien el Padre ha ungido con el Espíritu Santo y lo ha constituido "Sacerdote, Profeta y Rey". Todo el Pueblo de Dios participa de estas tres funciones de Cristo y tiene las responsabilidades de misión y de servicio que se derivan de ellas.

* Al entrar en el Pueblo de Dios por la fe y el Bautismo se participa en la vocación única de este Pueblo: en su vocación *sacerdotal*: «Cristo el Señor, Pontífice tomado de entre los hombres, ha hecho del nuevo pueblo "un reino de sacerdotes para Dios, su Padre". Los bautizados, en efecto, por el nuevo nacimiento y por la unción del Espíritu Santo, *quedan consagrados* como casa espiritual y sacerdocio santo».
* "El pueblo santo de Dios participa también del carácter *profético* de Cristo". Lo es sobre todo por el sentido sobrenatural de la fe que es el de todo el pueblo, laicos y jerarquía, cuando "se adhiere indefectiblemente a la fe transmitida a los santos de una vez para siempre" y profundiza en su comprensión y se hace testigo de Cristo en medio de este mundo.
* El Pueblo de Dios participa, por último, en la función regia de Cristo. Cristo ejerce su realeza atrayendo a sí a todos los hombres por su muerte y su resurrección. Cristo, Rey y Señor del universo, se hizo el servidor de todos, no habiendo "venido a ser servido, sino a servir y dar su vida en rescate por muchos". Para el cristiano, "servir a Cristo es reinar", particularmente "en los pobres y en los que sufren" donde descubre "la imagen de su Fundador pobre y sufriente". El pueblo de Dios realiza su "dignidad regia" viviendo conforme a esta vocación de servir con Cristo.